ahí un cucharón, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan.

—No veo ninguno, respondió Sancho.

—Esperad, dijo el cocinero, ¡pecador de mí, y qué melindroso y para poco debéis de ser! y diciendo esto asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho:

—Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora del yantar.

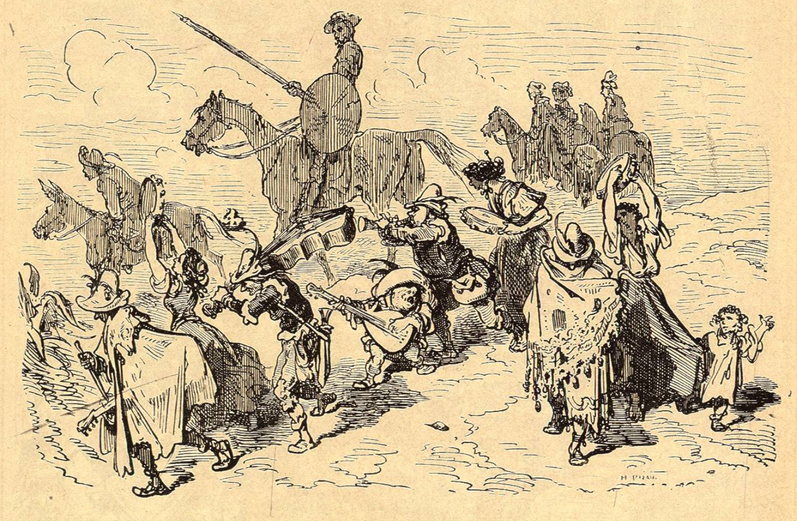
—No tengo en qué echarla, respondió Sancho.

—Pues llevaos, dijo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple.

En tanto, pues, que esto pasaba Sancho, estaba Don Quijote mirando cómo por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales en concertado tropel corrieron no una sino muchas carreras por el prado con regocijada algazara y grita, diciendo:

—¡Vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo!

Oyendo lo cual Don Quijote, dijo entre sí: bien parece que estos no han visto á mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quiteria.



De allí á poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venía una de espadas, de hasta veinticuatro zagales de gallardo parecer y brío, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar labrados de varios colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se había herido alguno de los danzantes.

—Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos; y luego comenzó á enredarse con los demás compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque Don Quijote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le había parecido tan bien como aquella.

También le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas que al parecer ninguna bajaba de catorce ni llegaba á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podían tener competencia, sobre los cuales traían guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselvas compuestas.

Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona; pero más ligeros y sueltos que sus años prometían. Hacíales el son una gaita zamorana, y ellas llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad y en los piés á la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo.

Tras esta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas. Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras: de la una hilera era guía el dios Cupido, y de la otra el Interés; aquél adornado de alas, arco, aljaba y saetas; éste vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al Amor seguían, traían á las espaldas en pergamino blanco y letras grandes escritos sus nombres: "Poesía" era el título de la primera; el de la segunda, "Discreción;" el de la tercera, "Buen linaje;" el de la cuarta, "Valentía."

Del modo mismo venían señaladas las que al Interés seguían. Decía "Liberalidad" el título de la primera; "Dádiva" el de la segunda; "Tesoro" el de la tercera, y el de la cuarta "Posesión pacífica." Delante de todos venía un castillo de madera, á quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde tan al natural que por poco espantaran á Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros traía escrito: "Castillo del buen recato." Hacíanles el són cuatro diestros tañedores de tamboril y flauta. Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponía entre las almenas del castillo, á la cual desta suerte dijo:

Yo soy el dios poderoso
en el aire y en la tierra
y en el ancho mar undoso,
y en cuanto el abismo encierra
en su báratro espantoso.

Nunca conocí qué es miedo;
todo cuanto quiero puedo,
aunque quiera lo imposible;
y en todo lo que es posible
mando, quito, pongo y vedo.

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el Interés, é hizo otras dos mudanzas; callaron los tamborinos y él dijo:

Soy quien puede más que Amor,
y es amor el que me guía;
soy de la estirpe mejor
que el cielo y la tierra cría
más conocida y mayor.

Soy el Interés, en quien
pocos suelen obrar bien,
y obrar sin mí es gran milagro,
y cual soy te me consagro
por siempre jamás amén.

Retiróse el Interés, hízose adelante la Poesía, la cual después de haber hecho sus mudanzas como los demás, puestos los ojos en la doncella del castillo, dijo:

En dulcísimos concetos
la dulcísima Poesía,
altos, graves, y discretos,

Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma.